

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Lunes, 30 de Agosto de 2010



TRIGESIMOCTAVO CAPÍTULO. LA COLUMNA DE DELHI.

Nunca pude imaginar, ni en mis más remotos delirios, que por casualidad iba a descubrir algo tan soberbio, tan magnífico, y sobre todo, tan perturbador. La verdad es que nunca pensé que me llegaría a maravillarme de la forma en que tuve la suerte de hacerlo. La vida de un arqueólogo es muy dura. Las excavaciones no siempre resultan provechosas, y a veces, te dejas llevar por una especulación que no es más que un sueño que soñaste hace ya tanto tiempo que te aferras a él para que muera. Porque sabes que el sueño merece la pena, y piensas que estás a un paso de demostrar que tus especulaciones, tus hipótesis, se van a confirmar en cuestión de semanas. Eso es difícil que sea así, pero la realidad guarda una dureza que no se manifiesta hasta que no pasa lo que yo llamo “el momento roto”, es decir, hasta que no se te muestra patentemente que tus pensamientos o ideas, o estaban equivocadas, o bien, tras las excavaciones que diriges con tanto ahínco, nada vas a llegar a demostrar. Es una frustración muy grande, pero sin embargo, a uno se le queda la satisfacción de haberlo intentado.

Y sin embargo, estamos en una realidad construida en base a paradojas de todo tipo. En la arqueología hay paradojas del copón. Y suele suceder que, al igual que ocurre en la vida real, cuando uno menos se lo espera, se encuentra con el hallazgo de su vida. O descubre algún monumento o elemento arqueológico, una pieza, que hasta ese momento se había mostrado insignificante, y que cuando se le presta atención, solo entonces, adquiere un valor universal. El relato que les voy a contar a continuación es uno de esos ejemplos. Nunca lo había pensado fríamente, pero ahora lo estoy meditando desde otra perspectiva y hay máximas que son irrefutables. Como por ejemplo, que ante algo extraordinario, algo que creemos insuperable, algo que nos emboba y nos deja hipnotizados, algo tan bello o colosal, no somos capaces ni tan siquiera de mirar alrededor de ese algo, y sin embargo, a veces, en ese alrededor, hay elementos que son mucho más impresionantes, mucho más interesantes, aunque aparezcan eclipsados en un primer momento. A veces, la importancia de un yacimiento arqueológico, o de una construcción antigua no la determina la propia construcción en sí. No la determina lo monumental del conjunto, o lo bello que sea. A veces, y yo diría que en la mayoría de las ocasiones, son detalles aparentemente secundarios los que otorgan la prestancia y la importancia a tal conjunto.

Caminaba yo con otro colega, el doctor Ruano, por el centro de la ciudad india de Delhi, la antigua capital, la primera que tuvo el país tras quitarse de encima el peso de la dominación inglesa. En la universidad, en la facultad de estudios antiguos, debíamos dar una conferencia sobre nuestras excavaciones en torno a Doñana. Básicamente nos dedicamos al estudio de los pueblos de la edad del Bronce peninsular. Como les decía, caminaba al lado de mi colega por el centro de la ciudad de Delhi cuando de pronto alguien comenzó a gritarnos en castellano haciendo gestos muy expresivos. Fuimos hacia donde se encontraba, al final de una calle muy larga y muy luminosa. Era un agregado diplomático de la embajada española. Inmediatamente decidimos entrar en una de las teterías que a ambos lados de la calle se extendían de forma ininterrumpida. La conversación con el agregado, un personaje bastante curioso, por cierto, resultó mucho más fructífera de lo que, a priori, se pudiera esperar. Vestido con un traje color merengue y corbata verde con camisa blanca, el hombre, que no pasaría de los sesenta años, llevaba una barba muy canosa pero bien recortada. El pelo rizado canoso y una enorme nariz aguileña completaban su apariencia. Yo me preguntaba de qué narices íbamos a hablar con aquel diplomático. Pero sin embargo, y para nuestra sorpresa, resultó que aquel tipo era un gran aficionado a la arqueología y a la historia. Se sabía toda la historia milenaria de la India de memoria y casi de carrerilla. Por primera vez me sentí como un analfabeto. Me dí cuenta de que presumía de unos conocimientos que, en realidad, no estaban completos. Ningún conocimiento es completo, y ninguno llegará jamás a completarse. En éste caso, yo me dí cuenta de que sabía mucho de la historia de Europa, pero muy poco de la de Asia. Cuando habían transcurrido unos veinte minutos, la conversación ya había derivado hacia los problemas de la arqueología actual, y los grandes misterios de la historia, misterios que, por supuesto, la arqueología debe resolver o desvelar.

De alguna forma, los arqueólogos somos los *cazafantasmas* del pasado. Porque, ¿qué son si no las cerámicas, espadas, puñales, botones, estatuas, esculturas, pinturas o restos de murallas o edificios que encontramos bajo varios, a veces decenas de metros de tierra? Los fantasmas dan muchos dolores de cabeza, y por supuesto, son especialistas en dar sustos. Que nos lo digan a los arqueólogos. Cuando aparece una pieza o un elemento que nunca debería haber aparecido ahí, el susto es monumental. Pero es cautivador y fascinante. Las sensaciones son muy extrañas. Y la frase más repetida es *¿qué pinta esto aquí?* O *esto no debería estar aquí*. Se rompen fronteras espacio-temporales. Aunque solo sea a nivel mental. Aparecen nuevas concepciones y se modifican teorías. Teorías que se rompen cuando aparece otro fantasma. Y la historia se repite una y otra vez. Y hay veces en que, nosotros, hijos de la ciencia, nos vemos abocados a, o bien emitir teorías objeto de burla por parte de nuestros colegas, o bien, a admitir que no hay explicación convincente respecto a ciertos enigmas. Entonces comprendemos que en realidad jugamos muchas veces en offside. Puede que tengamos que revisar el glorificado método científico. O solo ser un poco más pacientes.

Ramiro, que era como se llamaba el agregado español, pronunció las palabras mágicas: *en esta ciudad hay uno de vuestros fantasmas*. Inmediatamente, Ramiro captó aún más si cabe nuestra atención. Sin embargo, prefirió dejarnos intrigados unas horas. Insistimos, pero él se empeñó que nos tenía que llevar a visitar un conjunto monumental musulmán, el de Qutab, que se situaba a unos kilómetros de Delhi. La verdad es que estaba anocheciendo, y por Delhi a esa hora lo mejor era encerrarse en el hotel. Aquella noche apenas si pudimos dormir el doctor Ruano y yo. Le dábamos vueltas a nuestros hallazgos sin nombre ni edad. Cuando una pieza hay que fecharla por contexto o tras un estudio de carbono 14 o termoluminiscencia nos está diciendo mucho más de lo que aparenta. Nos está lanzando un reto maravilloso y a la vez aterrador. Es como si nos dijera *yo estoy aquí tanto tiempo, que ni siquiera vosotros con vuestra tecnología sois capaces de saberlo*. En cierto modo, es como si la historia o el tiempo se burlaran de nosotros. Y a fe que lo consiguen.

Tras las dos largas horas de conferencia, el doctor Ruano y yo acudimos a la cita con Ramiro a las puertas del Hotel Nehru, donde nos alojábamos. Tras el cordial saludo nos dirigimos hacia el coche oficial de la embajada española. Tras más de una hora dando vueltas por Delhi, al final, encarrilamos el tramo que conducía hacia aquel lugar tan enigmático que nos hizo no pegar ojo durante la noche. Nos comenzó a contar todo lo que él sabía sobre aquellas edificaciones. Ruano y yo, hay que admitirlo, nos quedamos impresionados con el enorme minarete o alminar que se abrió ante nuestros ojos. Setenta y dos metros de alto, el más grande del globo. Era impresionante. Nos decía que era la construcción más antigua conocida en Delhi. Sin embargo, una risa irónica acompañaba cada una de sus palabras. Ruano y yo dimos varias vueltas con la mirada alzada a lo alto porque no dábamos crédito a lo que veíamos. Nunca habíamos oído ni visto nada sobre este alminar. Su diámetro era de catorce metros. Nos dijo que especulaban con la posibilidad de que fuera en realidad una torre de vigilancia, o vigía. Lo cierto es que los minaretes en la edad media cumplían ambas funciones: el almuédano no solo era el encargado de llamar a los fieles a la oración sino que actuaba como un centinela si era necesario. Desde luego, a setenta y dos metros de altura se podía contemplar muy bien el horizonte a decenas de kilómetros de distancia. Qutab-ud-din Aiybak, el primer gobernante musulmán de Delhi lo inició en 1193 d. C. Se terminó en 1368. Era impresionante, efectivamente.

Sin embargo, tanto Ruano como yo comenzábamos a estar mosqueados con Ramiro. Aparentemente no había nada de enigmático en aquello. Sin embargo, Ramiro cambió de registro y de un salto, nos puso sobre el enigma real. Girando con él alrededor del enorme alminar, pudimos contemplar a unos cien metros de allí algo que, desde lejos, yo asimilé a una farola de color negro. Cuando llegamos a un par de metros del lugar se veía perfectamente. Entonces comenzó a hablar de nuevo Ramiro:

“Resulta que, tras unas excavaciones, se descubrió un complejo con ruinas aún más antiguas en Delhi. Entre ellas se encontró aquello. Es una columna de siete metros de altura hecha de hierro forjado. Sin embargo, en la inscripción que aparece en su fuste y que ha permitido datar el yacimiento, se nos indica en sánscrito, que originariamente la columna no estaba allí. Chadragupta II la tomó como parte de un botín de guerra, pero no se nos indica de dónde o de quién. Este pilar o esta columna es por tanto del siglo IV d. C. Sin embargo, para esa época, en India no habían llegado a tal nivel en la forja de ese metal. Y sobre todo, y lo que resulta más sobrecogedor, es que, a pesar de que lleva más de 1600 años soportando las inclemencias meteorológicas, con lluvias monzónicas periódicas, el hierro no está oxidado ni corroído. Por lo tanto, esa columna no debería estar ahí, y lo que es más desconcertante, ese hierro no debería estar tan perfecto. Los historiadores apuntan a que los forjadores o alquimistas supieron impregnar el hierro de numerosos pigmentos de fósforo lo que ha evitado su corrosión u oxidación. ¿Qué tipo de proceso químico pudieron manejar estos alquimistas del siglo IV? En otra inscripción aparece el nombre de un soberano aún más antiguo, y además, se dice que la pieza había sido capturada como botín al menos en tres ocasiones más. Por lo tanto, la fecha del siglo IV es orientativa, pues posiblemente sea anterior, tal vez, muy anterior. ¿Por qué varios monarcas la tomaron como botín? Su pureza es del 98%, casi perfecta. Hay que recordar que no encontramos una pureza similar hasta la época del ferrocarril a mediados del siglo XIX en Europa. Y sobre todo, ¿de qué se trata realmente? ¿Por qué una columna de hierro y no de piedra como todas sus predecesoras y sucesoras? ¿Qué sentido tiene realmente? Quizás si buceamos entre sus propiedades podamos encontrar una posible respuesta. Resulta que este tipo de metal, este tipo de hierro es un superconductor, por lo que puede tener algunas aplicaciones, aunque esto supondría que los habitantes de la India de la antigüedad dominaban y controlaban la electricidad. También es uno de los mejores aislantes de productos radiactivos como el uranio o el plutonio. ¿Manejaban productos radiactivos en la edad antigua? ¿Y si lo hacían, a qué nivel? ¿Era un almacén de residuos nucleares? Las propiedades para ello las cumple perfectamente. Simplemente es un elemento que no debería estar donde está.”

Efectivamente, en el vuelo de regreso a España aún le dábamos vueltas al tema del pilar de hierro de Delhi. Es uno de esos fantasmas de la arqueología. Como todos los fantasmas, aparecen escondidos, como no dejándose ver mucho. Nos impresionó muchísimo el alminar de setenta y dos metros de altura, pero al lado de la columna de hierro forjado del siglo IV, era irrelevante. Los siete metros de hierro perfecto tienen, sin duda, mucha más relevancia que los setenta y dos metros de altura del alminar de piedra que se encuentra a unos metros de allí. El reto que nos llega desde el alba de los tiempos sigue ahí. El pilar sigue soportando temporales sin sufrir mácula alguna, como al menos, los últimos 1600 años.

